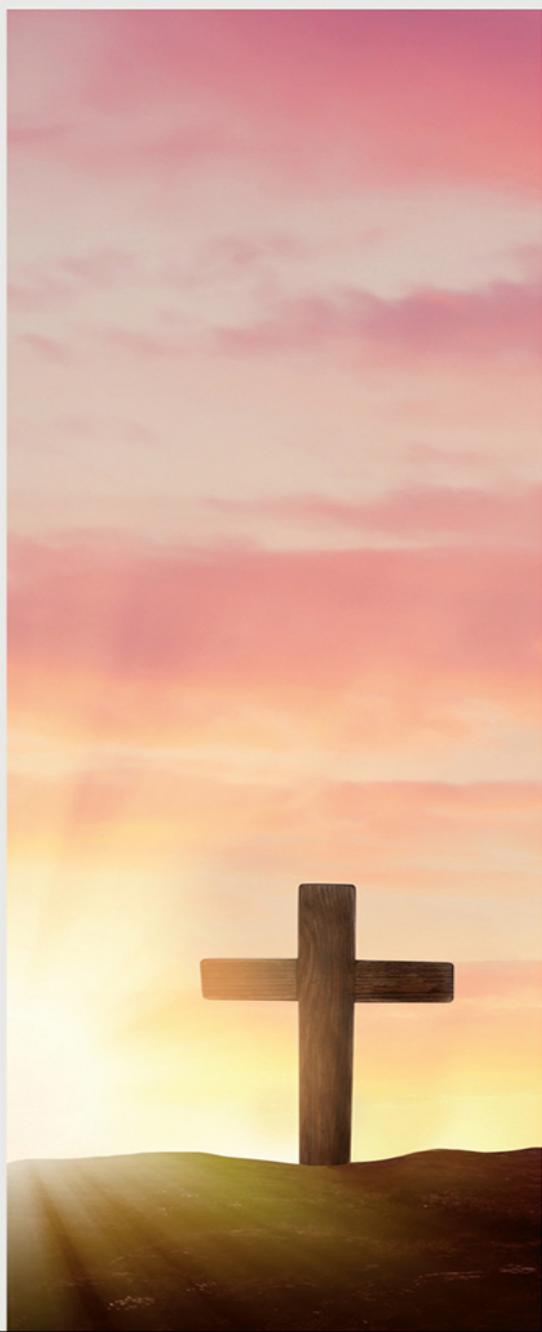


GABRIEL M<sup>ª</sup> OTALORA

# La cruz



Variaciones sobre  
la Buena Noticia

Presentación y epílogo  
de Xabier Pikaza



SAN PABLO

## Índice

Portada  
La cruz  
Créditos  
Presentación  
Introducción  
El dolor es parte de la vida  
La cruz como signo  
La crucifixión  
La cruz cristiana  
El misterio y la cruz  
La cruz y el crucificado  
Al principio, fue diferente  
Cómo llega Jesús a la cruz  
La Buena Noticia  
La cruz tiene su cara  
¿Cómo afecta esto a mi persona?  
Cruz y salvación  
Jesús y la política  
La importancia del  
¿Por qué somos perseguidos?  
Toma tu cruz y sígueme  
Sobre la otra cruz  
El sacrificio cristiano  
Venid a mí, los que estáis cansados y agobiados...  
La exaltación litúrgica de la cruz  
¿Es Dios el causante del dolor?  
Dios mío, ¿por qué me has abandonado?  
Signo de contradicción  
La utilización del Crucificado  
La oración en torno a la cruz  
El pecado original

El ejemplo de los primeros cristianos  
La cruz salvadora en san Pablo  
Otras experiencias de la cruz cristiana  
Síntesis desde el amor  
Coda final  
Epílogo. El signo de la cruz. Reflexión trinitaria (Xabier  
Pikaza)<sup>1</sup>  
Biografía autor

# *La cruz*

Variaciones sobre  
la Buena Noticia

© SAN PABLO 2020 (Protasio Gómez, 11-15. 28027 Madrid)  
Tel. 917 425 113 - Fax 917 425 723  
E-mail: secretaria.edit@sanpablo.es - [www.sanpablo.es](http://www.sanpablo.es)  
© Gabriel M<sup>a</sup> Otalora Moreno 2022

*Distribución:* SAN PABLO. División Comercial Resina, 1. 28021 Madrid  
Tel. 917 987 375 - Fax 915 052 050  
E-mail: ventas@sanpablo.es  
ISBN: 978-84-285-6593-6  
Depósito legal: M. 15.450-2020

Composición digital: Newcomlab S.L.L.

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta obra puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio sin permiso previo y por escrito del editor, salvo excepción prevista por la ley. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la Ley de propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos - [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com)).

# Presentación

**E**l libro de mi amigo y colega Gabriel M<sup>a</sup> Otalora no necesita prólogo ni introducción, pues se vale y sobra por sí mismo. Pero como testimonio de amistad quiero ofrecerle unas palabras de acompañamiento teológico. Van en línea más teórica, no hace falta leerlas para entender el libro; que pase directamente al texto de Otalora quien quiera saber sobre la cruz, y encontrará respuesta a muchas de sus preguntas, y caminos abiertos al misterio.

    Mi reflexión no es necesaria, pero podrá servir quizá para algunos, que quieran relacionar la cruz de Jesús con la Trinidad de Dios. Se puede leer como epílogo, tras haber saboreado el texto de Otalora, a quien doy gracias por haberme dejado acompañarle en su espléndido libro. Es un honor y un placer «navegar» contigo, Gabriel, en esta Marcha al Reino en la que estamos ambos empeñados.

Xabier Pikaza,  
teólogo, experto en Biblia y religiones

# Introducción

La cruz es uno de los signos humanos más antiguos que siguen con nosotros; su existencia se conoce al menos desde el siglo XVII a.C., que es la antigüedad estimada a una cruz de mármol encontrada en Creta. Curiosamente, somos los cristianos quienes más hemos hecho por mantener su uso y su significado cuando lo que propagamos es una buena noticia: el evangelista Marcos nos cuenta que Jesús recorría las aldeas proclamando la Buena Noticia de Dios como una experiencia real que llegaba a las gentes más sencillas de Galilea y a otros lugares que Jesús se pateaba haciendo el bien. En su recorrido mesiánico, fue puesto a prueba y venció.

Jesús acoge a todos, se acerca a los olvidados, sana y se fija en los últimos. Pero eso significa dificultades, incomprendiones y amenazas -la cruz cuando el compromiso es total para cambiar las circunstancias de quienes sufren injustamente y, de esta manera, abrir el verdadero camino de nuestra liberación.

De un modo distinto a la muerte de Cristo, pero estructuralmente semejante, el budismo y el hinduismo han interpretado la muerte como el momento en que se realiza la ruptura liberadora. Jesús, enraizado en una cultura concreta, la israelita, ha superado la solución del eterno retorno y la búsqueda de una liberación inmanente. Para el cristiano, la muerte humana es el signo abierto de la vida: esta se acaba aquí, pero se ofrece como puerta de acceso a

una eternidad dichosa con quien nos espera más allá de esta existencia humana desde antes de nacer para este mundo.

Cristo en la cruz condensa la vida entregada a los demás dando plenitud eterna al vaciamiento total por amor. Ello supone una realidad trascendente que se va descubriendo desde la entrega personal con fe, aquí y ahora, no desde las certezas y seguridades. Con todo, no es posible aprehender el Misterio en este mundo; todo lo más vivirlo desde el amor. La imaginación y la experiencia humana -aun la más íntima- no pueden abarcar la totalidad de la dimensión del Crucificado en la entrega absoluta y liberadora que atesora. Solo es posible acercarse a dicha realidad desde la entrega al hermano a nuestro nivel limitado, que es cuando revelamos nuestra imagen y semejanza divina.

Sobre todo esto vamos a reflexionar seguidamente, dejando claro desde el principio que el seguimiento de Cristo no busca la cruz sino como lugar de transformación en el amor al prójimo<sup>1</sup> a consecuencia de las resistencias que encontramos al pretender implantar la Buena Noticia. No dejaremos de insistir en esta idea capital que hemos relegado en beneficio de otras interpretaciones de la cruz que desfiguran el mensaje cristiano. El ejemplo del Crucificado nos da esperanza e ilumina la vida y el esfuerzo personal de cada día para ser la mejor posibilidad de uno mismo, tratando de construir un mundo mejor, sobre todo para los que peor lo tienen, como hizo Jesús. Su Palabra nos garantiza que esta donación nos llenará en abundancia, dará sentido a la existencia y será lo único que perdure para siempre. No se nos pide que seamos exitosos sino fecundos.

No hay más que comparar la muerte de algunos grandes líderes religiosos para ver una clara diferencia. Buda, Confucio, Mahoma, Moisés incluso, todos ellos murieron coronados de éxito a pesar de sus desengaños, rodeados de sus discípulos y seguidores. No es el caso de Jesús de Nazaret. Y en cuanto a los dioses de otras religiones, ninguno se basa en el amor. A veces las comparaciones, más que odiosas, son necesarias, sobre todo si queremos centrarnos en lo esencial como pretende este ensayo.

# El dolor es parte de la vida

No hay que olvidar el contexto antropológico en el que estamos inmersos por el hecho de ser humanos. Somos limitados, frágiles, estamos expuestos a contrariedades y sufrimientos. Esto supone que antes o después las penalidades nos van a golpear a todos en forma de enfermedad, desamor, pobreza. Sin olvidar que somos capaces, en nuestra limitación, de causar dolor a los demás.

En ocasiones, nosotros somos los que escogemos ciertos pesares buscando un bien superior. Se entiende bien la renuncia voluntaria a la comodidad cuando un deportista rechaza tantas cosas para lograr el éxito. Si esto lo entiende cualquiera, cómo no entenderlo cuando aceptamos privaciones y renunciaciones para atender y aliviar las necesidades perentorias causadas por el paro, la soledad o la enfermedad de otras personas en detrimento de nuestra comodidad en forma de tiempo, dinero, compañía o actitud de empatía y escucha. La salvación cristiana comienza aquí imitando lo que hizo Cristo.

«¿Por qué sufro? Esto es la roca del ateísmo», afirma Georg Büchner en boca de uno de los personajes de su drama *La muerte de Danton*. El dolor forma parte de la sustancia misma del ser humano y, aunque pretendemos deslindarlos, dolor y felicidad son dos partes de una misma realidad que jalona nuestra existencia sin que podamos evitarla: ricos, sabios, poderosos, filántropos, famosos, cristianos, ateos... Todos pasan por el dolor y lo han tenido que padecer en forma de limitaciones físicas o anímicas,

fracasos, pérdidas personales... Aunque hayamos nacido abocados a vivir con alegría y felicidad, la vida conlleva dolor y sufrimiento y su experiencia puede ayudarnos a crecer como personas, a comprender a los demás y a valorar mejor lo bueno que tenemos.

Hay que aceptar las reglas de la vida tal cual son. El dolor inevitable mal aceptado conduce al sufrimiento y a la desesperación, pero también puede unirnos para compartir afectos y hacernos más sensibles y solidarios en la dificultad; nos humaniza y nos prepara para vivir pensando no solo en nosotros mismos, sino en la necesidad de los demás. Lo cierto es que sufrimiento y maduración van de la mano. Alcanzar determinado estadio de madurez y de serenidad solo es factible por medio de la superación de las dificultades, que no se pueden soslayar. A todos nos tienta lo fácil pero detrás de la vida muelle no hay superación ni crecimiento. Tampoco es posible un verdadero disfrute de la existencia. Las personas que experimentan la vida como algo hermoso no lo hacen por la ausencia de dificultades.

Cuando el dolor afecta a tantos inocentes y desvalidos, es inexplicable. Y esto no tiene respuesta porque Dios no lo ha explicado; no hay que darle más vueltas. Para ser felices hay que recorrer el camino de Jesús en nuestras cruces diarias. Esto no explica el dolor directamente, pero muestra el sendero estrecho de la verdadera buena vida que nunca llegará por la constatación empírica del razonamiento ni por darle rienda suelta a nuestros limitados sentidos.

En cualquier caso, Dios no es agente de dolor ni de sufrimiento; a la vista está su paso por este mundo, tomando nuestra condición frágil y limitada y centrado siempre en liberar y curar: a nadie hizo sufrir, y cuando pudo condenar o excluir con la ley en la mano no lo hizo, cambiando castigo por perdón. Jesús, ejemplo ante las incomprensiones y dolores, desenmascara lo mejorable de

la persona sin hierirla ni humillarla. Se mostró duro solo con los que antepusieron las leyes al bien de las personas porque su «religión» estaba centrada en ellos mismos convirtiéndose en agentes directos de sufrimiento para otros... ¡en nombre de Dios!

## La cruz como signo

Un signo de puntuación sirve para que los textos sean más fáciles de entender. Al principio se escribía todo seguido sin acentos u otras indicaciones que facilitasen la lectura. En el caso de los signos clínicos indican el estado de salud de una persona. Las señales de tráfico aportan seguridad... así podríamos seguir con los signos matemáticos y cualesquiera otros por la información que transmiten, incluidos los populares emoticonos del teléfono móvil. Pero hay otra acepción de «signo» entendido como indicador de una realidad más profunda por el significado que transmite.

Tomemos como ejemplo la llama de una vela. A primera vista, no significa nada; aporta una cierta luminosidad hasta que se consume la cera. Pero si se coloca en el altar de las iglesias y se enciende en el contexto de la Vigilia Pascual, se convierte en el signo de la presencia de Cristo resucitado; no es una llama cualquiera la del Cirio Pascual. Lo mismo ocurre en los sacramentos con el agua, los óleos, el pan o el vino, que se convierten en «otra cosa», son fuente de amor y de gracia cuando el corazón está abierto a Dios. Todos estos signos no tienen fuerza por sí mismos sino en relación con la experiencia vivida de mayor o menor intensidad de la fe. Sucede igualmente con la cruz cristiana, un leño entre muchos otros miles que nada significan hasta que Jesús le da un sentido tal que el instrumento de su tormento se convierte en uno de los signos más poderosos de la historia con un significado teológico capital, signo a la vez de contradicción y de buena noticia.

Hasta finales del siglo III, los cristianos eran perseguidos y el emblema de la cruz significaba derrota. Incluso tuvieron que recurrir a otros signos para no ser delatados y sufrir el martirio. El pez lo adoptaron para encontrar a compañeros creyentes en secreto; un cristiano dibujaba la mitad del pez en la arena, y cuando otro completaba el dibujo, sabían que podrían compartir su fe sin ser delatados a los romanos.

La cruz ha sido un gran signo cultural y religioso de la humanidad que expresa una vivencia religiosa y cósmica desde muy antiguo: la totalidad del mundo significada en el equilibrio de los cuatro puntos cardinales que se abren ilimitadamente hacia el espacio. Se ha convertido en un símbolo universal como ya lo es la estrella judía o la media luna islámica. Y más tarde, ha compartido espacio sociológico con los signos de algunas grandes utopías, como el de la hoz y el martillo. O luce como un adornopreciado desde tiempo inmemorial. La cruz cristiana también es una realidad extraordinariamente potente que no es perceptible por los sentidos. Forma parte del lenguaje simbólico cuando decimos que «nos abrazamos a la cruz» o que «la cruz de Cristo es liberadora». No hablamos de cualquier cruz ni de un crucificado indeterminado de entre los miles y miles que lo fueron, sino de Jesús de Nazaret. Por eso mismo, llevar una pequeña cruz colgada en el cuello es un símbolo de nuestra fe, más allá del efecto ornamental o de estatus que este objeto pueda representar.

La cruz es también un símbolo del mal uso de la libertad en forma de odio, insolidaridad y destrucción que hemos generado en el mundo. Los cristianos no hemos estado finos en esto, empezando por el emperador Constantino cuando blandía este signo contra sus enemigos, y siguiendo por las Cruzadas, las persecuciones

de herejes en la Edad Media, las conquistas de América, el nacionalcatolicismo legitimador de una dictadura o las campañas militares en Irak y Afganistán de los *crusaders* estadounidenses, quienes querían contar con el beneplácito de Dios mientras mataban a miles de personas.

Todos vemos igual una cruz: dos maderos, uno vertical y otro horizontal, que se transforman en algo completamente distinto gracias a la experiencia de fe en Jesús resucitado. Un madero, signo de odio y desesperación preparado para torturar y matar ha sido elegido para significar el Amor pleno que lleva a la Vida plena. Jesús transforma ese símbolo tan negativo y letal en algo lleno de amor increíblemente bueno. Con el rechazo a su actitud salvadora experimenta los dolores humanos llevando su amor hasta la raíz del mal. Muriendo ahí, de esa manera tan despreciable, da sentido a lo peor de la existencia para triunfar sobre todo eso.

# La crucifixión

La cruz tiene su origen cristiano en uno de los peores tormentos que el ser humano ha sido capaz de diseñar. Este suplicio parece ser originario de Persia y fue transmitido por los cartagineses a los romanos que lo perfeccionaron como una de las ejecuciones más terribles y temidas, junto con la muerte en la hoguera y ser devorado por las fieras. La crucifixión no era una simple ejecución, sino una lenta tortura ya que a los crucificados no les dañaban ningún órgano vital de manera que su agonía podía prolongarse durante largas horas e incluso días. Por otra parte, era normal combinar el castigo de la crucifixión con humillaciones y tormentos diversos. Los datos son escalofriantes; no era extraño mutilar al crucificado, quemarlo o torturarlo de diversas formas antes de colgarlo en la cruz sin descartar el empalamiento en el poste de la cruz.

Son pocas las imágenes que conocemos a través del arte que hacen justicia a lo que realmente fue este terrible suplicio. Lo básico del tormento consistía en una estaca (*staurós*) que iba atada a los brazos en horizontal para humillar a la víctima antes de colgarla de un madero vertical (*stipes*) después de haber sido azotada brutalmente. En el caso de Jesús, fue malherido y humillado por la soldadesca además de despreciado por el mismo pueblo al que tanto amó.

Para el azote previo a la cruz, el látigo utilizado (*flagellum taxillatum*) era un bastón corto del que salían una serie de tiras de cuero, cada una de ellas atadas con

bolas de metal o afilados huesos de oveja. A los golpes del verdugo, el látigo arrancaba la piel a tiras y podía dejar las costillas y la pleura a la vista. Pero aun así, un crucificado de complexión media podía sobrevivir hasta tres días agonizando, pues este suplicio estaba diseñado para eso. Si Jesús murió tan pronto, hay que pensar en el ensañamiento con el que llegó al Calvario.

Este tormento cruel solía reservarse como castigo a los esclavos y a determinados maleantes, sobre todo para sofocar posibles conatos de rebeliones, colocando a los crucificados en lugares bien visibles a la entrada de las ciudades con una finalidad disuasoria. A veces se utilizaban clavos, pero no siempre. No solía aplicarse a los ciudadanos romanos más que en casos muy graves. Pablo de Tarso «tuvo suerte» y se libró de la crucifixión muriendo decapitado, precisamente por ser ciudadano romano.

En aquella comunidad judía sometida a los romanos, el condenado a morir en una cruz era visto como un maldito en todos los sentidos; estaba prohibido darle sepultura, lo cual suponía abolir su memoria y la imposibilidad de encontrar reposo eterno. Su nombre era borrado de la historia e incluso podía ser un delito recordarlo, tanto para los romanos como para los judíos. Por tanto, creer en un Dios crucificado era algo irracional y absurdo que muestra las dificultades de la primera evangelización. Como dice Pablo en 1Cor 1,23-24:

Nosotros proclamamos un Mesías crucificado. Para los judíos, ¡qué escándalo más grande! Y para los griegos, ¡qué locura!

A los seguidores de Jesús se les hizo muy difícil superar el trauma de la muerte violenta y culturalmente tan ignominiosa de su Maestro, además del peligro que suponía manifestarse seguidor de Jesús por miedo al Sanedrín y a los romanos. Por ello, la cruz no se convirtió en la señal de

los cristianos hasta el mandato del emperador Constantino, cuando ya no existía el riesgo de persecución de los primeros siglos y la fe cristiana se hizo oficial en todo el Imperio. Hasta entonces, los signos más utilizados fueron las representaciones de un pez, el ancla, la paloma o el Buen Pastor.